



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Alexander von Humboldt: su pasado y su presente

Autor: Lepenies, Wolf

Forma sugerida de citar: Lepenies, W. (1999). Alexander von Humboldt su pasado y su presente. *Cuadernos Americanos*, 4(76), 53-70.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XIII, Núm. 76, (julio-agosto de 1999).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Alexander von Humboldt: su pasado y su presente

Por Wolf LEPENIES
Universidad Libre de Berlín

1. Un naufragio: y una catástrofe verdadera

EL 12 DE JUNIO DE 1859, en su viaje de regreso de Arabia a Europa pasando por el Canal de Suez, el *Alma*, un magnífico barco perteneciente a la Peninsular and Oriental Steamship Company, tropezó contra un arrecife coralino en el Mar Rojo y empezó a hundirse. Un testigo relató este incidente en sus Memorias:

El barco estaba casi completamente inclinado hacia un lado y a cada uno de los seres vivientes que se hallaban en él se le presentó la gran pregunta de vida o muerte si la inclinación se detendría o el barco se voltearía arras-trándonos a todos a la profundidad. Yo construí un pequeño puesto de observación desde el cual podía seguir el continuo declive del barco contra una estrella especialmente brillante y de minuto a minuto anunciaba el resultado de mis observaciones. Todos escuchaban en suspenso esas noticias. El grito "está quieto" era recibido con un corto murmullo de alegría y el grito "hundándose" era contestado con gritos aislados de angustia. Por fin, ya no se pudo observar más hundimiento y el miedo paralizante de la muerte dio paso a esfuerzos enérgicos de salvamento.

Finalmente, los pasajeros y la tripulación del *Alma* se refugiaron en una pequeña isla rocosa de la cual, después de días de miedo y agotamiento, fueron rescatados por un buque británico y llevados al Cairo. Mientras tanto, como el autor está ansioso de contarnos, fueron informados de una verdadera catástrofe: Alexander von Humboldt había muerto el 6 de mayo en Berlín.

El testigo cuyo informe he citado era Werner von Siemens. Cuando el ingeniero y teniente de artillería prusiana había presentado su "Mémoire sur la télégraphie électrique" a la Academia de

¹ Para escribir esta ponencia he consultado a Hanno Beck, *Alexander von Humboldt*, 2 vols., Wiesbaden, Franz Steiner, 1959-1961 y a Helmut de Terra, *Humboldt The life and times of Alexander von Humboldt 1769-1859*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1955.

Ciencias de París, Alexander von Humboldt en ese entonces tenía ochenta años de edad, había escrito inmediatamente a Siemens anunciándole su visita para congratular a su joven colega por su magnífica realización. Werner von Siemens tenía buenas razones para recordar a Alexander von Humboldt, su amistad y su *noblesse* natural, aún en tiempos de peligro mortal. Pero sus memorias personales reflejan el sentir general de la mitad del siglo XIX: con Alexander von Humboldt el último estudioso universal había muerto, “no sólo una persona sino todo un clima de opinión” (W.H. Auden).

Mirando la larga vida y la carrera de Alexander von Humboldt uno tiende a creer a Edward Gibbon, quien escribió que la historia de los imperios es la de las miserias de la humanidad mientras la historia de las ciencias es la de su esplendor y felicidad. Y, en realidad, ¡qué vida espléndida fue ésta! En la casa Humboldt, en Tegel, el chico recibió clases de botánica de Willdenow, aprendió dibujo de Daniel Chodowiecki, un paseo por los bosques con Moses Mendelssohn bien pudo haber sido interrumpido porque Goethe había venido de visita. Su compañero de curso en Gotinga fue Clemens Metternich, quien más tarde manipularía el mapa de Europa. Y su primer gran viaje lo hizo con Georg Forster, quien había dado la vuelta al mundo en un barco de vela en compañía del capitán Cook. Cuando llegaron a Londres, Forster y Humboldt visitaron el parlamento donde, en una sola sesión, oyeron discursos de Burke, Pitt y Sheridan. En París, Humboldt asistió a clases privadas de Auguste Comte y en Rusia fue escuchado por Alexander Puschkin. La novela en la cual la heroína anhela ver a Alexander von Humboldt ha sido escrita por un amigo, pero este amigo era Johann Wolfgang von Goethe y el título de la novela *Die Wahlverwandschaften* (*Las afinidades electivas*). Reyes y emperadores, entre ellos Napoleón, estaban celosos de su fama, mientras Simón Bolívar buscaba su compañía y seguía sus consejos. En camino de regreso de América a Europa, Humboldt hablaría sobre política y ciencia con el presidente de Estados Unidos en Monticello y predeciría un futuro maravilloso para ese país. ¡Qué época excelente en la que Jefferson era el apellido y no el segundo nombre de pila de un presidente estadounidense!

Una vida *con brío* —de la primera juventud hasta la avanzada edad. ¡Cada más que excelencia! ¡Qué excitante y, a la vez, qué aburrida! Hay una rutina de excitación en los escritos de Humboldt y en los escritos sobre él que fácilmente podría convertir la historia de sus realizaciones en algo peligrosamente aburrido. El

peligro es aún más grande para mí, ya que me dirijo a ustedes —un grupo de científicos y estudiosos que son miembros, aunque sólo metafóricamente, de la familia Humboldt. No puedo hacer mucho más que recordarles historias familiares. ¿Se ha vuelto más difícil esta tarea por el hecho de que me han pedido hablar en inglés? Sí y no. Sí, porque no hablar en la lengua materna de Humboldt trae consigo una pérdida de color y una falta de precisión que no puedo compensar de ninguna manera. No, porque si fuera a hablar en la única lengua que Alexander von Humboldt mismo pensaba hablar correctamente, yo tendría que hablar en español. Más adecuado aún sería saltar constantemente, como él lo hacía, de una lengua a muchas otras, incluido el latín. Él podía aprender una lengua en menos tiempo del que otros necesitaban para comprar un diccionario. Como aficionado y admirador de las obras de Humboldt yo mismo necesité cierto tiempo para comprar un diccionario y ahora voy a hablar, como se ha pedido, en inglés y durante cincuenta minutos.

Mi ponencia tiene seis partes. Ustedes acaban de oír la primera. Su título es: “Un naufragio y una catástrofe verdadera”. En las partes siguientes hablaré sobre la locura del viajar y su significado en los tiempos de Humboldt, después voy a llamar su atención sobre las virtudes de la razón instrumental, resistiré caer en la tentación de ver a Wilhelm y a Alexander von Humboldt como corporizaciones de dos culturas, haré luego un bosquejo de las dialécticas de la ilustración de Humboldt y finalmente voy a mostrar la imagen de una Alemania mejor en la vida y en las cartas de Humboldt.

2 *Viajar, viajar, viajar*

¿QUE hay en un nombre? Los naufragios, como hemos visto, son metáforas claves de la historia intelectual. Algunas veces incluso los nombres de los buques son reveladores. Además, como si el buque que finalmente vino a rescatar a Werner von Siemens hubiera sido bautizado por un filósofo de la historia, tenía el llamativo nombre de *Nemesis*. Némesis, sin embargo, no es tanto la diosa de la venganza como la diosa de la compensación, del balance y de la retribución justa. Lo que a primera vista parece ser un accidente es, en realidad, una metáfora de salvación, aseverando así el mensaje optimista de la físico-teología que todavía tenía sus adeptos en el siglo XIX.

El nombre del barco en que se embarcaron Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland en La Coruña, el 5 de junio de 1799, era *Pizarro*. Como si fuera para compensar la crueldad del conquistador que había destruido el imperio de los incas más de doscientos años atrás y que había matado a su último emperador, el barco que llevaba su nombre tenía ahora a bordo a otro *conquistador* que iba a ver y a admirar lo que veía, que quería observar y medir, coleccionar y comunicarse y que arriesgaba nada menos que su propia vida para aprender todo lo posible sobre una naturaleza no familiar y sobre vidas extrañas. Se ha dicho que el mayor logro de Humboldt en su viaje a Suramérica es el hecho de haber sobrevivido. Ésta es una observación casi obvia. Pues durante bastante tiempo Humboldt estuvo convencido de que su destino era perecer ahogado en alta mar. Cuando se leen las descripciones que hace de los riesgos y peligros de sus exploraciones y expediciones —descendiendo hasta lo profundo en el cráter de un volcán, tratando de subir al Chimborazo, guardando la calma cuando se encuentra con un jaguar en la selva o nadando en un río sin inmutarse por los cocodrilos, aunque fueran pequeños— no se puede sino sentir que continua y deliberadamente está exponiendo su vida y que está haciendo un *experimentum crucis* con él mismo.

Cuando un joven geólogo le pidió a Charles Lyell tres palabras de consejo, éste le contestó: “viajar, viajar, viajar”. En la época de Alexander von Humboldt el viajar servía, como siempre, para satisfacer la curiosidad y para realizar sueños juveniles, como él mismo lo recordaba una y otra vez:

El placer que me producía cuando niño la contemplación de la forma de los continentes y de los mares como aparecían dibujados en los mapas, el vivo deseo de contemplar esas constelaciones del hemisferio sur que nunca aparecen en nuestro horizonte, las imágenes de palmeras y cedros del Líbano en una Biblia ilustrada, bien pueden haber contribuido a despertar en mí el deseo de viajar por países extranjeros.

Ésta fue la razón emocional para tomar el riesgo de viajar. No fue la única. Cuando Humboldt nació, en 1769, Buffon todavía estaba trabajando para terminar su *Histoire naturelle* y Linneo todavía enseñaba en Upsala. Cuando Humboldt cruzaba el océano en su camino a las “Indias Occidentales”, el término *biología* fue usado por primera vez en Europa. Cuando Humboldt murió, en 1859, Charles Darwin estaba a punto de publicar un libro con el título

On the origin of species by natural selection. Humboldt vivió en una época en la cual el espacio era lo más importante en el intento de entender la naturaleza, la totalidad de la naturaleza, “das Ganze der Natur”, como la había llamado su amigo Georg Forster, uno de los viajeros más grandes de todos los tiempos, que murió estudiando un mapa de la India. Todo estudioso de la naturaleza en esa época era un viajero y cuando, como Linneo, había viajado suficientemente o no quería viajar más, al menos escribía una guía de viajes, una *Instructio peregrinatoris*. Cuando Alexander von Humboldt murió era el Tiempo lo más importante. La historia natural, que había sido el intento de describir y clasificar todos los reinos de la naturaleza por medio de complicadas disposiciones espaciales, había sido reemplazada por una verdadera historia natural cuyos objetos tenían un origen, se habían desarrollado y habían cambiado considerablemente en el curso del tiempo.

Cuando Humboldt y Bonpland pusieron pie por primera vez en suelo americano se vieron tan abrumados por la novedad de lo que veían, que el éxito de su expedición parecía en peligro aun antes de comenzar: “En los tres primeros días —escribió Humboldt— no pudimos proceder a ningún trabajo científico. Hubiéramos recogido un objeto y en pocos segundos lo habríamos rechazado para tomar otro más impresionante”. El 1° de 1800, Bonpland y Humboldt estimaron que ya habían coleccionado más de 12 000 plantas. Se malentende en verdad un tal informe si sólo se oye en él el triunfo evidente y se ignora el matiz nervioso latente. Agregar tantas cosas al depósito del conocimiento humano de la naturaleza era un logro maravilloso y al mismo tiempo una amenaza para la capacidad humana de comprensión. Cada día había que ampliar los esquemas tradicionales de clasificación y había que cambiar las nomenclaturas establecidas.

Cuando Humboldt estaba planeando escribir una *historia* de las plantas, en el uso literario de la época eso significaba escribir una *geografía* de las plantas, pues era describir su distribución en la tierra. Porque no se disponía todavía de los medios intelectuales, ni del valor moral para aceptar la evolución, o sea, un cambio de la naturaleza y para disponer sus objetos en una secuencia temporal. La valentía de un denodado estudioso de la naturaleza como Linneo se había limitado al intercambio eventual de una palabra clave en su visión del mundo: en vez de sostener que Dios había creado todo en la tierra *ab initio* como había escrito originariamente, se aventuró a reflexionar hacia el final de su vida si no

habría que ir un poco más allá y sólo admitir que Dios había creado todas las especies *in principio* —una noción que dejaba campo a una mirada histórica en un mundo que empezaba a cambiar de modo dramático. El denuedo de Alexander von Humboldt no era —y no podía ser— mucho más grande. Su obra completa se puede leer como una anticipación del proceso de “temporalización”, o sea, del descubrimiento del tiempo en la naturaleza, lo que caracteriza su época pero que sólo encuentra su adecuada expresión en la obra de Charles Darwin.

Para Humboldt y su tiempo son característicos no sólo la moda de viajar sino también el frenesí de hacerlo: en fin, uno tenía que ver todo y viajar a todas partes si quería descubrir los secretos de la naturaleza. Humboldt viajó a Venezuela, a Colombia y a Perú, a México, a Cuba y a Estados Unidos, pero su firme plan era regresar a casa vía Asia y África. Más tarde, su viaje a Rusia y a Siberia hasta la frontera con China fue otro intento de haber estado en todas partes. Cada viaje, no importa a dónde, permanecía incompleto e incoherente desde un punto de vista intelectual, si no había sido planificado como un viaje alrededor del mundo.

En la época de Humboldt, el viaje era la estrategia preponderante pero no la única, y ciertamente no la indiscutible, para ampliar la propia visión del mundo. Se podría, por ejemplo, establecer una jerarquía de filósofos en términos de millaje. En el rango superior estaría Descartes, quien había estado en Francia y Bavaria, en Polonia y Prusia, en Suiza, Italia, Holanda y Suecia, mientras el rango inferior tendría que ser ocupado por Immanuel Kant. Éste nunca dejó su ciudad natal, Königsberg, en Prusia Oriental que para él era su verdadera *terra firma*, una metrópolis como lo afirmaba, que ofrecía todo lo que un filósofo necesitaba para entender al ser humano y su sitio en el mundo. Kant era un maestro en extraer grandes consecuencias de pequeñas experiencias: literalmente él no viajó nunca, pero cuando lo hizo, sólo una vez, un corto viaje por mar que duró sólo unas pocas horas, el resultado fue una nota a pie de página larga y autorizada sobre el mareo en su *Antropología desde un punto de vista pragmático*. El pragmatismo antropológico de Kant era un pragmatismo de principios, mientras la antropología de Alexander von Humboldt —quien por cierto nunca se mareó— podría ser llamado un pragmatismo de experiencia. Y su experiencia estaba basada en los viajes.

3 La razón instrumental y sus virtudes

UNA carrera brillante en una época de excelencia —y sin embargo existía una nerviosidad en todo lo que Alexander von Humboldt hacía. Ya el niño, el *petit esprit malin*, como se lo llamaba en Tegel, mostraba una disposición intranquila que resultó ser la anticipación de una vida desarraigada. Viajar era un antídoto pero no una cura. Era el nerviosismo no simplemente de una sola persona sino de toda una época, en la cual el estudio de la naturaleza se llevaba a cabo entre los extremos de un pensamiento y de una especulación elevados, por un lado, y del experimento y el cálculo por el otro. El genio de Humboldt consistió no menos que en hacer de su propio nerviosismo uno tan productivo.

Humboldt siempre se consideró un empirista. Contra Schelling y la filosofía de la naturaleza del romanticismo alemán, él asumía el papel de abogado de disciplinas que, como la química, ensuciaban la manos. Esto sin embargo, no fue suficiente para establecer una clara distinción entre él mismo, que siempre había querido ver la naturaleza como un “diseño integral”, y el pensamiento romántico. A algunos románticos no le importaban la manos sucias y, como Humboldt, Novalis también había hecho una carrera de minería. Los viajes de Humboldt, esas largas series de *experimenta crucis*, muestran siempre una mezcla de realismo y romanticismo, pero en ninguna parte se muestra la naturaleza dual de su pensamiento con más claridad que en los experimentos con su propio cuerpo, realizados bajo la influencia del pensamiento de Volta y Galvani sobre la electricidad animal, hasta que un médico, alarmado por los malos efectos que tenían sobre su salud, le aconsejó no continuarlos. Humboldt siempre estaba más interesado en las sensaciones subjetivas que le producían sus experimentos que en el intento de establecer sus resultados objetivos. Él mismo era claramente consciente de esta tensión cuando insistía en haber tratado de separar los hechos observables de las afirmaciones explicativas porque “me afligiría infinitamente descubrir más tarde que estos estudios que se llevaron a cabo con un extremo esfuerzo podrían ser olvidados debido a conclusiones hipotéticas incorrectas”.

Los escrúpulos de Humboldt le crearon enemigos en los dos lados de la gran división: “Temo que, a pesar de todos sus talentos

y de su actividad incansable, nunca va contribuir mucho en lo que es importante para la ciencia”, escribía un crítico el 6 de agosto de 1797, y continuaba:

Hay demasiada vanidad en toda su actividad, y no puedo constatar en él un signo de interés puramente objetivo. Puede parecer absurdo, pero yo experimento a través de él, con todo el respeto debido a la riqueza tremenda de su objeto de estudio, una pobreza de significado, que en su profesión, es el peor de todos los males. Él es el intelecto abiertamente disecador que mide la naturaleza de manera desvergonzada [...] y con un inconcebible impudor. Las suyas son palabras vacías y conceptos estrechos [...] No tiene imaginación. La naturaleza tendría que ser contemplada con sentimiento.

El crítico era Friedrich Schiller. Cien años más tarde, Emil du Bois-Raymond usó una metáfora para criticar a Alexander von Humboldt por una razón exactamente contraria a la de Schiller. Humboldt subió muy alto, más alto que cualquier ser humano, decía Du Bois-Raymond, pero al fin de cuentas no logró subir a la cumbre del Chimborazo. En todas sus aventuras científicas sucedió la misma cosa: al final, sus ambiciones resultaban siempre mucho más altas que sus realizaciones. Lo que le impedía alcanzar la verdadera excelencia científica era su falta de entendimiento matemático. Básicamente, era un coleccionista de fenómenos. Su excesivo entusiasmo por coleccionar, disponer y describir le hacía olvidar una *física del mundo* pero *cosmos* era un título mucho mejor —ya que *cosmos* no es sino otro nombre para *caos* y fue un caos lo que Alexander von Humboldt creó finalmente de verdad.

Frente a estos dos puntos de vista, me siento en la situación de un periodista de París en el siglo xvii que decía a sus lectores: “Algunos dicen que el cardenal Mazarino ha muerto, otros dicen que está vivo; yo pienso que todos están errados”. Si yo tuviera que elegir entre Schiller y Du Bois-Raymond elegiría a Johann Wolfgang von Goethe.

Aun la crítica que hace Goethe a Alexander von Humboldt fácilmente se puede convertir en un cumplido. Me refiero a la actitud de Goethe, expresada de la mejor manera en *Fausto*, que se podría describir como “antiinstrumentalismo”:

Vosotros, instrumentos, sin duda, hacéis mofa de mí con esas ruedas y esos dientes, cilindros y arcos. Yo estaba frente a la puerta; vosotros debíais

ser la llave, y con todo y tener vuestras barbas bien rizadas, no alzasteis el pestillo.

Misteriosa en pleno día, la naturaleza no se deja despojar de su velo, y lo que ella se niega a revelar a tu espíritu, no se lo arrancarás a fuerza de palancas y tornillos.¹

Alexander von Humboldt, sin embargo, era una amante incansable de los instrumentos. A bordo de una nave raras veces se lo podía ver sin un sextante o un telescopio. Las últimas dos noches que pasó en La Coruña, antes de embarcarse para Suramérica, estuvo muy preocupado porque se encontraba separado de sus instrumentos que ya habían sido llevados a bordo del *Pizarro*. Al comienzo de su descripción gasta casi cuatro páginas para describir con amoroso detalle sus instrumentos físicos y astronómicos. Su equipamiento era el más moderno de su tiempo. Nunca dejó de comprobar su exactitud durante todo el viaje y, cuando regresó a Europa, su primera y más importante tarea fue la de controlar sus instrumentos. Uno de sus biógrafos observó con toda razón: "Humboldt, como tantos otros exploradores antes y después de él, llegó a desarrollar una relación sentimental con sus instrumentos. A través de ellos podía sentirse seguro en la inmensidad del océano o de la selva. Ellos le acercaban a un orden familiar de las cosas, le ayudaban a olvidar los terribles riesgos y los peligros que amenazaban su existencia".²

Aun cuando estoy muy de acuerdo con esta observación, creo que al aspecto "sentimental" del uso de los instrumentos se le da un puesto demasiado prominente en ella. El aspecto racional no debe ser subestimado. A Humboldt puede haberle faltado el rigor matemático y la motivación que lo hubiera convertido en un científico todavía más grande, como argumentaba Du Bois-Raymond. Sin embargo, los instrumentos le ayudaron a superar el peligro constante de caer en la trampa de la especulación romántica. Alexander von Humboldt puede no haber calculado, pero sí medía —y con mayor entusiasmo que cualquier otro explorador antes de él. Él no solamente observaba y coleccionaba. Era el viajero que medía. Los instrumentos no eran para él simplemente aparatos técnicos, sino teorías que habían tomado la forma de herramientas.

¹ *Fausto*, ed. de Manuel José González y Miguel Ángel Vega, traducción de José Roviralta, Madrid, Cátedra, 1987

² Terra, *Humboldt*, p. 90

Alexander von Humboldt incorporaba las virtudes de la *razón instrumental*.

Quisiera recordarles una vez más el naufragio que Werner von Siemens sufrió en el Mar Rojo en 1859, el año de la muerte de Humboldt. Cuando Siemens, “el príncipe de la tecnología”, se vio amenazado de ahogarse, organizó su propio salvamento y el de sus compañeros de viaje con la ayuda del razonamiento instrumental. Aun en medio de la peor catástrofe, quien sabe medir correctamente tiene un auxilio a la mano. Werner von Siemens nunca perdió esta creencia. Desde el puente del barco que se estaba hundiendo, como impulsado por una fuente inagotable de fuerza interior, utilizó el firmamento estrellado como norma para determinar su posición y así aclarar sus posibilidades de sobrevivir.

Aunque parezca insólito y producto de la causalidad para las víctimas y los testigos, cada catástrofe cae dentro de una tradición. Un accidente raras veces viene solo. Todas las catástrofes se inscriben en la memoria mediatizada por el lenguaje. Por eso, la actitud de Werner von Siemens bajo los cielos de Arabia recuerda, por un lado, el ánimo con el cual Immanuel Kant concluye su *Crítica de la razón práctica*: “Mientras más frecuente y asiduamente reflexiono sobre ellas, dos cosas llenan la mente de admiración y asombro siempre nuevos y crecientes: el cielo estrellado encima de mí y la ley moral en mí”. Por otro lado, uno no puede dejar de pensar que también Alexander von Humboldt debe de haber sido un modelo para una tal actitud.

Tomemos, por ejemplo, su descripción de un incidente el Domingo de Ramos de 1801, cuando él y sus compañeros entraron navegando al puerto de Cartagena:

Intentábamos hacernos camino hacia el puerto contra el viento. El mar estaba terriblemente agitado. Nuestra pequeña nave [..] no podía dominar las olas y de repente se inclinó y no pudo enderezarse. Una tremenda ola se rompió encima de nosotros amenazando sumergir el barco. El timonel permaneció impávido en su puesto. De repente gritó: ¡no gobierna el timón! Todos nos dimos por perdidos. En éste, que nos parecía nuestro mayor peligro, cortamos una vela que se había soltado, cuando el barco se enderezó en la cumbre de otra ola, permitiéndonos encontrar refugio detrás del promontorio de Gigante. Pero allí me esperaba un peligro nuevo y casi más grande. Para poder observar mejor un eclipse de luna, dejé el barco para ir a tierra en un pequeño bote. Apenas había llegado a la orilla con mis asistentes, cuando fuimos sorprendidos por un resonar de cadenas y un grupo de vigorosos negros acabados de escapar de la cárcel de Cartagena

nos cayó encima desde un matorral blandiendo sus dagas y aparentemente dispuestos a apropiarse de nuestro bote cuando nos vieron sin armas. Huidamos inmediatamente al agua y abordamos nuestro barco.

Tampoco la razón instrumental es todopoderosa. Puede ayudarnos a superar muchos peligros de la naturaleza, pero no siempre nos va a ayudar a luchar contra las maldades de la humanidad.

4 *Dos hermanos, dos culturas*

CUANDO Alexander von Humboldt no tenía ni seis años de edad, ya sabía leer y escribir. Por ello no fue alabado sino más bien censurado, ya que otro niño había sido capaz de dominar esas habilidades cuando apenas tenía tres años: su hermano Wilhelm. Durante toda su vida y a pesar de todas las querellas, los hermanos se gustaban y se querían uno al otro. Sin embargo, es muy fuerte la tentación de marcar las diferencias entre los dos. Wilhelm nunca salió de Europa y Alexander a veces encontraba difícil regresar al Viejo Continente; ningún alemán era más alemán, aun en el extranjero, que Wilhelm y nadie era más cosmopolita, aun en casa, que Alexander. Wilhelm admiraba la Antigüedad y la Grecia antigua tanto como Alexander amaba las Américas y creía en un futuro glorioso para el Nuevo Mundo. Cuando Wilhelm estaba al servicio de Prusia como mini tro de Cultura, Alexander estaba ocupado en sus investigaciones en París, en el país del enemigo. El matrimonio de Wilhelm con Carolina, como se muestra en su correspondencia que ha encontrado sitio en la literatura alemana, era visto como una obra maestra pública de un vínculo privado, mientras Alexander debe de haber tenido momentos difíciles para esconder sus inclinaciones sexuales, que se tradujeron en la gran moda muy respetable de la época: el culto a la amistad. Sería fácil describir la relación entre los dos hermanos como una confrontación de dos culturas. Eso sería errado.

Los franceses usan el término *un homme nécessaire* para describir a una figura histórica que aparece en el momento oportuno en el escenario histórico. En su hermandad prusiana Wilhelm y Alexander von Humboldt representan dos temperamentos necesarios: el pensamiento del tardío siglo XVIII y el temprano siglo XIX, dos caras de la misma moneda que hubiera sido mucho menos valiosa y no tan *au courant* si uno de los hermanos abandonara el cuadro.

De de Gotinga, Humboldt había escrito a su antiguo tutor, Johann Heinrich Campe: “Una persona tendría que acostumbrarse temprano a estar sola. El aislamiento tiene muchas ventajas. Se aprende a investigar la propia interioridad y a tener respeto de sí mismo sin depender de las opiniones de torso que tienden a ser demasiado favorables”. A primera vista uno podría pensar que el remitente de esta carta era Wilhelm, pero era Alexander quien lo había escrito. Investigar la propia interioridad fue siempre un principio guía para los dos hermanos. in embargo, sería muy difícil identificar ya sea Wilhelm como a Alexander con la ideología alemana de finales del siglo XVIII, con esa mezcla de orgullo y pesar con los que se intentó oponer el Romanticismo a la Ilustración, la Edad Media al mundo moderno, la cultura a la civilización, lo subjetivo a lo objetivo, la comunidad a la sociedad y el corazón a la cabeza. Retirarse de la sociedad a la esfera privada no sólo era visto como legítimo, sino como un prerrequisito para llevar una vida buena. Era característico de esta peculiar filosofía preferir, en el arte, el genio a la regla, en la religión, el profeta al dogma, en la moral, el héroe a la convención y en la esfera de las leyes y del Estado, la creatividad humana a todos los sistemas y teorías.

i Wilhelm ni Alexander pueden ser vistos como personas que incorporaron totalmente esta ideología o que cayeron en su trampa. El culto de la Edad Media, por ejemplo, nunca les fue atractivo y, a pesar de ser súbditos prusianos, ambos eran bastante renuentes para glorificar al Estado —una actitud que podían tomar más fácilmente por el hecho de haber heredado una fortuna suficientemente grande para darles independencia de pensamiento y, aunque en grado menor, libertad de acción. Aunque ambos eran políticos bastante exitosos y diplomáticos capaces que ocupaban altas posiciones —y al respecto, Alexander tuvo que rechazar la oferta de Hardenberg de ser sucesor de Wilhelm todavía en la vida de éste— los dos expresaron más de una vez su deseo de llevar una vida lejos de la sociedad y libre de la política. Es evidente que hay más ideología alemana o *Weltanschauung* en Wilhelm que en Alexander. Cuando Alexander regresó de su viaje a América, Wilhelm escribió a su esposa: “Ya desde su temprana juventud Alexander anhelaba las actividades exteriores mientras yo elegí una vida dedicada al desarrollo del hombre interior. Créeme, querida, en esto consiste el verdadero valor de la vida”. Al leer frases como ésta, uno podría desear que la universidad alemana, que todavía consideramos como la universidad de Hum-

boldt, esto es, de Wilhelm, pudiera en el futuro estar un poco más asociada con Alexander.

5. *La dialéctica de la Ilustración de Humboldt*

PARA Wilhelm von Humboldt, la libertad es una condición necesaria pero no suficiente para la formación del ser humano. Para perfeccionarse, el ser humano tiene que vivir en diferentes condiciones o en diferentes contextos: “Männigfaltigkeit der Situationen” (variedad de situaciones) es el término alemán usado por él. La libertad requiere variedad. Naturalmente, tenemos que entender esta “variedad de contextos” como una metáfora que no debe ser reducida a un espacio geográfico. Y, sin embargo, uno está tentado a detectar un tono eurocéntrico bajo las observaciones de Wilhelm von Humboldt, cuando recuerda que su propio contexto de experiencia varió dentro de una esfera geográfica bastante estrecha, es decir, la esfera geográfica europea que incluía, aparte de Alemania, sólo a Francia, España e Italia. En contraste, Alexander —como Johann Rainhold, Georg Forster y otros antes de él— abrió el mundo entero para Europa. Mientras Wilhelm limitó su curiosidad a los países latinos de Europa y a la reminiscencia de la Antigüedad, Alexander buscó ampliar su horizonte en lo que se podría llamar un “verdadero sur”.

Sin duda, Alexander von Humboldt vivió en una variedad de contextos. Su época ya era una época de globalización. La globalización significaba experimentar la variedad en cualquier parte del globo y pagar tributo a tal variedad al no aceptar esquemas simples de progreso o desarrollo. El tema de la decadencia europea y el futuro vigoroso para el Nuevo Mundo fue prominente en los escritos de Alexander von Humboldt, pero apenas logró nuevos conocimientos o descubrimientos. Preferir las *mores* del Pacífico meridional al ceremonial de la corte española no era considerado como declaración escandalosa en la primera mitad del siglo XIX, al contrario, ya se había convertido en moda o en una *façon de parler* demasiado fácil. Al mismo tiempo, Humboldt era muy escrupuloso en insistir que en el curso del tiempo la especie humana había desarrollado diferentes cosmovisiones y sistemas de valores, que tenían igual valor. El sistema numérico que usaron los incas era tan complicado como el nuestro, sus metáforas eran tan dicientes como las nuestras y sus jardines —aquí Humboldt debe de haber chocado a muchos lectores al otro lado del canal—

eran tan buenos si no mejor que los grandes jardines de la campiña inglesa.

Éstas no eran de ninguna manera afirmaciones de moda. Humboldt desdeñaba a muchos padres y misioneros españoles con los que se había encontrado, porque se veían a sí mismos como miembros de la *gente blanca y de razón* —como si la razón fuera blanca. Para Humboldt, en cambio, los incas bien podrían compararse con los romanos. Eran dignos de ser nuestros antecesores. Como si hubiera sido cosa común y corriente —lo que, como bien lo sabemos, no es el caso ni hoy en día— Humboldt reconocía la historicidad de las así llamadas “culturas primitivas” y admiraba no sólo la presencia sino también “la gran antigüedad de las culturas indígenas”. Tenemos que recordar que Alexander decía esto en una época en la que Europa todavía no era consciente de los grandes logros civilizatorios de las tradiciones precolombinas. Él había visto con sus propios ojos que *mores* antiguas y hábitos modernos coexistían en muchos lugares: mientras México, por un lado, acuñaba más monedas de oro que Francia, los nativos indígenas, al otro, todavía pagaban sus deudas mutuas con semillas de cacao. Alexander von Humboldt nunca se cansó de contar historias en las cuales la dirección del desarrollo humano parecía haberse invertido —como en Lima, donde los caballeros tenían que hablar la lengua de los indígenas y no el castellano si querían impresionar a sus damas acompañantes. El guano, el fertilizante natural que los comerciantes europeos buscaban febrilmente importar, se convirtió en una metáfora clave para Alexander von Humboldt: en el futuro los excrementos del Nuevo Mundo van a asegurar la supervivencia del Viejo Continente.

En el Nuevo Mundo se podían encontrar en la selva más profunda muchas islas de civilización. El gobernador de la provincia de Cumaná en Venezuela, por ejemplo, pronunciaba fácilmente términos técnicos como *nitrógeno* u *óxido férrico*, e incluso parecía saber de qué estaba hablando. Cuando Humboldt pasó una noche en un pequeño monasterio cercano a la selva amazónica, se sorprendió de encontrar en la celda del prior una copia del *Traité de l'électricité* del Abbé Nollet. Aún mayor fue su sorpresa —y su satisfacción— cuando treinta años más tarde le fue presentado el tercer tomo de su propio *Essai politique sur le Royaume de la Nouvelle Espagne* en Orenburg cerca de las montañas del Ural. En Siberia algunos de sus anfitriones hablaban árabe y empleaban orquestas privadas que tocaban oberturas de Mozart y Rossini

durante la cena. Humboldt —que no era muy aficionado a la música ni en casa ni en el extranjero— acuñó irónicamente un término especial para estas combinaciones rusas: las llamó *Orinoco plus épaulettes*.

Alexander von Humboldt era bien consciente de la ubicuidad de la mente científica. En la famosa Escuela de Minería de México se encontró con colegas y amigos que habían estudiado mineralogía con él en Freiberg, bajo la dirección de Abraham Gottthelf Werner. En Bogotá, hablar con el venerable José Celestino Mutis, el príncipe de la botánica americana, equivalía a una visita a Linneo en Upsala. La tarea de la ciencia, así parecía a primera vista, tenía que ser realizada en cualquier parte del mundo. Esta ciencia, sin embargo, era la ciencia occidental para la cual el contexto no importaba nada.

En lugares salvajes, ya fuera en Tierra Firme o en Siberia, Humboldt no echaba de menos las amenidades de una vida civilizada. Lo que le faltaba era la “ilustración”, es decir, el libre comercio y el intercambio liberal de ideas que se llevaban a cabo en Europa. A la larga, quería regresar a casa porque sentía la necesidad desesperada de ponerse al día con el progreso científico que debía haberse producido durante su ausencia. Humboldt admiraba a Condorcet, cuya obra había sido editada por su amigo Arago y él compartía la firme creencia de Condorcet de que la naturaleza no ha puesto ningún límite a las esperanzas del hombre y que la humanidad, como él exclamaba con entusiasmo, “marcha hacia adelante, liberada de todas las cadenas, escapando a las reglas del azar y a los enemigos del progreso, segura e industriosa por el sendero de la verdad, de la virtud y de la felicidad”. La actividad científica y tecnológica, realizada apropiadamente, va a conducir inevitablemente a resultados razonables y sabios.

Aquí encontró su límite la empatía de Humboldt con lo nativo. Los indígenas, que lo creían personalmente responsable de la erupción de un volcán, o los negros, que pretendían matarlo mientras estaba tratando de medir el eclipse de luna, mostraban una superstición primitiva que no podía ser tolerada. Si se creaba un conflicto, la empatía tenía que ceder a la razón instrumental y la curiosidad científica tenía que ser satisfecha casi a toda costa. En 1800, Humboldt y Bonpland visitaron la cueva de Ataruipe donde una tribu indígena desaparecida había enterrado a sus muertos. Los esqueletos bien preservados —por regla general, no faltaba ni una sola costilla, anota Humboldt— estaban depositados en canastas

que los indígenas llamaban *mapires*. Humboldt y Bonpland preguntaron a los indígenas qué técnicas usaban sus antecesores para la preservación y después, para disgusto y enfurecimiento de sus guías, “zum grossten Ärgernis unsrer indianischen Führer” llevaron consigo varios cráneos y el esqueleto completo de un viejo. Uno de los cráneos, como observa orgullosamente Humboldt, fue usado posteriormente por Blumenbach en sus estudios craneológicos. Pero el esqueleto se perdió cerca de la costa africana en un naufragio que costó la vida del monje franciscano Juan González, quien había sido compañero de Humboldt. Como si fuera consciente, aunque sólo en la retrospectiva, de que aquí hacía su trabajo Némesis, Humboldt cerró el capítulo “Ueber die Wasserfaelle des Orinoco” (Sobre las cataratas del Orinoco) en el cual este incidente está descrito, con un pasaje curioso y conmovedor donde se queja de que la humanidad será siempre una especie marcada por la blasfemia.

Podríamos describir los límites del pensamiento no eurocéntrico de Alexander von Humboldt alabando su liberalismo en la esfera social. Nunca dejó de poner atención al contexto específico en el que los seres humanos viven y a la historia peculiar que conforma sus tradiciones y sus pensamientos. Sin embargo, hubo una actividad humana en la cual de repente el contexto ya no importaba o, al menos, no importaba suficientemente. En principio, la ciencia y la tecnología podían ser llevadas a cabo en cualquier parte del mundo y por cualquier persona. El Occidente no las poseía. Esto es una herencia impresionante del pensamiento de Humboldt. La razón de esta ubicuidad de la ciencia es su uniformidad. La ciencia y la tecnología no estaban ligadas al contexto. Esto es un límite importante en el pensamiento de Humboldt.

6. Una Alemania mejor

ALEXANDER VON HUMBOLDT ha sido citado con frecuencia por haber llamado a la residencia de la familia Humboldt en Tegel *Schoss Langweil* (castillo del aburrimiento). Esto parece haber sido más bien un comentario privado. Sin embargo, al ser puesto en un contexto, se vuelve obvio que también ha sido una expresión de credo político. Henriette Herz, quien dio tanto lustre social e intelectual a la comunidad judía de Berlín en esos días, decía de Alexander von Humboldt:

Siempre cuando me escribía a mí o a otro de los miembros de nuestro círculo íntimo desde la residencia de la familia en Tegel, dirigía sus cartas usualmente desde el "Castillo del aburrimiento". Lo hacía especialmente en las cartas que escribía en hebreo, sobre el que yo les había enseñado un poco a él y a su hermano y en el cual, con la ayuda adicional de nuestros amigos, escribían muy exitosamente. No se había oído hasta entonces que un joven noble confesara en cartas que podían ser leídas por cualquiera, cuánto más entretenida era la compañía de damas judías que una visita a su mansión ancestral.

Humboldt nunca dejó de dar su apoyo vigoroso a la emancipación de los judíos. Luchó inequívocamente contra la esclavitud en su país y en el extranjero y Leopold von Ranke anotaba con sorpresa que, incluso en presencia del rey de Prusia, Alexander von Humboldt no quería renunciar a su entusiasmo por las "ideas de 1789" que el *Terreur* no había podido destruir. Más de una vez se entusiasmó por el *charme* francés y con frecuencia descuidó su ascendencia alemana, como Wilhelm von Humboldt se quejaba. Alexander von Humboldt, el aristócrata, era un demócrata antes de la democracia. Y un antinacionalista antes de que Alemania hubiera logrado su unidad nacional. Benito Juárez lo llamó *Bene-mérito de la Patria* pero se lo hubiera podido llamar benefactor no sólo de su propia patria sino de toda Europa. Cuando Alexander escribía que había salido de casa quería decir que había salido de Europa.

EN el Wissenschaftskolleg, el Instituto Alemán de Estudios Avanzados en Berlín, invitamos cada año hasta cuarenta catedráticos de todas las disciplinas y de todo el mundo a pasar un año de investigación y reflexión libre con nosotros. En muchos años hemos hecho una visita a la residencia de la familia Humboldt en Tegel. Esa visita nunca deja de causar una profunda impresión a nuestros huéspedes, vengan de Europa o de Asia, de las Américas o de otras partes del mundo. Impresionados por la hospitalidad y el *charme* de los anfitriones, la familia von Heintz, los visitantes admiran la modestia y la seriedad de la casa Humboldt, reconstruida por Schinkel, y las tumbas de los hermanos Humboldt en el parque cercano lleno de flores. Éste es un lugar en el cual vive la ilustración alemana.

Tegel naturalmente, fue mucho más el lugar de Wilhelm que el de Alexander. Pero Alexander hace sentir allí también su presencia de manera no llamativa pero bastante conmovedora. Como sus contemporáneos refirieron, Alexander von Humboldt tenía mucho ingenio e ironía. Los visitantes vacilaban en terminar su visita porque temían lo que él podría decir después de que se hubieran ido: *On tremble de le quitter*. Ahora no se puede terminar la visita a Alexander von Humboldt sin gran pesar y sin una dosis de orgullo: él representa lo mejor que nuestro país puede ofrecer a las culturas del mundo.

Traducción del inglés por Rosa Helena Santos-Ihlau